

Borja Ortiz de Gondra, dramaturgo

# “LOS VASCOS SOMOS UN PUEBLO ENSIMISMADO EN EL PASADO”

Ha escrito una historia monumental sobre su familia, que en realidad es una historia lacerante pero llena de esperanza sobre el País Vasco. *Los Gondra, una historia vasca* se desarrolla en cuatro épocas (2015, 1985, 1940 y 1898), cuenta con doce actores que representan a 30 personajes, y está atravesada por el sentimiento de odio y la necesidad del perdón. Borja Ortiz de Gondra (Bilbao, 1965), autor de más de diez obras teatrales, afirma: “Un escritor habla de lo que le duele. Y a mí lo que me duele es en qué medida el perdón exige el olvido”. *Los Gondra* se ha estrenado en el Teatro Valle-Inclán de Madrid.

Por Luis Eduardo Siles

**S**e ha escrito que en *Los Gondra* usted reflexiona sobre el perdón y la culpa a través de cien años de historia del País Vasco y de su propia familia. ¿Cómo ha trabajado para recoger tantas ideas y tanta historia en una sola obra de teatro?

—Me ha llevado dos años escribir esta función. Y ha sido un trabajo ímprobo, duro, donde ha habido versiones innumerables de cada escena. Y luego, ante la perspectiva del estreno, hemos seguido trabajando el texto con el director, Josep María Mestres, para reducirlo, hasta que el espectáculo ha quedado en una hora y 45 minutos. Se trata de una obra que en realidad yo llevaba tratando de escribir toda mi vida, porque habla de conflictos familiares, de dolores familiares, de historias no contadas. Fue difícil hacerla porque había mucho material que yo no conseguía obtener. Pero todo resultó más fácil cuando di con la clave, que consistía en que yo tenía que contar esta historia desde la perplejidad de no entender lo que había pasado en mi familia, y de saber que la obra no tenía un final. Es decir, *Los Gon-*

*dra* se empezó a construir cuando comprendí que lo que debía relatar era el viaje que hace un escritor, que soy yo, a través de la obra, tratando de hallar ese origen familiar. Y de ahí que yo aparezco como actor, interpretándome a mí mismo, lo que no estaba previsto en principio, pero Josep María Mestres pensó que yo, que no soy actor, apareciera en escena. Y he querido contar cómo uno, cuando llega a una edad como la mía, 51 años, y mira hacia atrás, comprende que las ficciones que ha ido escribiendo a lo largo de su vida son preparaciones para llegar a esa obra en la que dices: “Bueno, ahora hay que quitarse la máscara, hay que desnudarse y contar lo que uno es”.

—José Hierro escribió en un poema: “El hombre es fuego y es lluvia, lo hace el odio y el perdón”. Y José Manuel Caballero Bonald escribió un verso que decía: “La vida exige siempre empezar a vivirla”. ¿En qué medida esos versos pueden aplicarse al contexto de su obra y al País Vasco?

—Yo creo que el País Vasco, como cualquier otra tierra, tiene una historia condicionada por odios, por violencias, pero también por gente generosa, que es capaz de pedir perdón, que es capaz de superar

conflictos y de mirarse a los ojos, y en este caso concreto, lo que yo he querido contar es que hoy, en 2017, es tiempo en el País Vasco de hablarnos, de decirnos dónde estamos, quiénes hemos sido, y es el momento del perdón. El problema, obviamente, es que el perdón exige una medida de olvido. Y yo no creo que los seres humanos vivan odiándose. Creo que nos amamos mal, que no sabemos amarnos. Y *Los Gondra* es una declaración de amor. Una declaración de amor a mi familia, a mí mismo, a esa tierra, el País Vasco, de la que no puedo desgajarme pero en la que no puedo vivir. Y la función termina con una pregunta que no responde la obra, que tiene que responderla el público. Y creo que, de alguna manera, se trata de una obra abierta a la esperanza.

—¿Ha asimilado el País Vasco su historia?

—Yo no soy quién para decir nada sobre la historia del País Vasco. Lo que he querido escribir es una obra de teatro muy personal, que no es para nada una declaración política. La obra refleja el momento vital en el que me encuentro, que imagino que será compartido por muchos vascos, que es un momento de perplejidad, de decir, “bueno, ha terminado el silencio y ha llegado la hora de que la ficción se apropie del relato público y hable de quiénes hemos sido”. Y simultáneamente es una obra en la que yo trato de mirar a lo que hay a mi alrededor y pensar que algo se está abriendo, que estamos inaugurando un tiempo nuevo, que nos está costando mucho, pero no es casual que tanto Fernando Aramburu, en su novela *Patria*, como Gabriela Ibarra en *El comensal*, hayan empezado a tratar ficciones que hablan de cómo se vive hacia el futuro. Los vascos llevamos muchos años mirando hacia atrás. Y en mi obra hay un momento lleno de humor, que a los actores les divierte mucho, que es cuando en 1985, en plena celebración de una boda, los allí presentes se ponen a hablar de las guerras carlistas y de los liberales como si fuera algo que pasara ahora mismo. Los vascos somos un pueblo muy ensimismado en el pasado. Pero éste es el momento en el que empezamos a mirar hacia el futuro. *Los Gondra*, más que dar testimonio, mi-

ra hacia adelante.

—Se ha dicho que la violencia, el perdón y la culpa cruzan toda su obra.

—Sí, esos son los temas en los que yo he trabajado durante toda mi carrera. Yo sé que la culpa y el perdón son asuntos que me han habitado siempre y sobre los que sigo reflexionando continuamente. Pero yo no sé cómo se pide perdón ni cómo se otorga el perdón. Yo sí sé que es un tema que desde los griegos, desde la *Orestíada*, de Esquilo, los dioses piden a la ciudadanía que deje una parte de la ofensa sin perdón, porque de lo contrario no terminará la cadena de los crímenes ni de la culpa. Yo siempre vuelvo a los clásicos griegos, porque en ellos está todo. Me llama la atención que han pasado 25 siglos desde Esquilo y el gran teatro se sigue haciendo las mismas preguntas. Y la pregunta sobre el perdón me la sigo planteando, porque no tengo respuesta. Y considero que un escritor sólo

tiene tres temas. O, si me apura, uno sólo: un escritor habla de lo que le duele. Y a mí lo que me duele es en qué medida el perdón exige el olvido.

—En el momento en el que le formulo esta entrevista todavía no he visto la función. ¿El terrorismo de ETA pasa por su obra?

**“Un escritor habla de lo que le duele. Y a mí lo que me duele es en qué medida el perdón exige el olvido”**

**“La ficción no arregla el mundo”**

—*Los Gondra* trata de cien años de una saga familiar, y se refiere a muchas violencias, pero yo he querido hablar desde un lugar muy humano y muy filosófico, que es cómo podemos mirarnos a los ojos y perdonar la ofensa por más terrible que haya sido. Y hay algo en la función que creo que resulta muy esperanzador. Se trata de un personaje que hace algo terrible a otro personaje y 30 años después son capaces al menos de mirarse a los ojos y hacerse la gran pregunta. Y eso es lo que yo quiero que el espectador se lleve. El contexto no es importante. Aparecen las guerras carlistas, la Guerra Civil, la guerra de Cuba, la violencia de los años 80, pero la obra no habla de eso. *Los Gondra* habla de que los seres humanos nos equivocamos cuando no somos capaces de reconocer el daño que nos hemos hecho.

—¿Qué aportación en la búsqueda de una salida para el País Vasco están teniendo ficciones como las novelas de Fer-



**Centro Dramático Nacional**  
Dirección  
**Ernesto Caballero**

**Los Gondra**  
(una historia vasca)  
de  
**Borja Ortiz de Gondra**  
Dirección  
**Josep Maria Mestres**

**Teatro Valle-Inclán**  
Sala Francisco Nieva

Del **18 de enero** al **19 de febrero**

Reparto (en orden alfabético)  
**Marcial Álvarez**  
**Sonsoles Benedicto**  
**María Hervás**  
**Iker Lastra**  
**Borja Ortiz de Gondra**  
**Francisco Ortiz**  
**Juan Pastor Millet**  
**Pepa Pedroche**  
**Victoria Salvador**  
**Cecilia Solaguren**  
**José Tomé**

Escenografía  
**Clara Notari**  
Iluminación  
**Juanjo Llorens**  
Vestuario  
**Gabriela Salaverri Solana**  
Música original  
**Iñaki Salvador**  
Videoescena  
**Álvaro Luna**  
Movimiento y coreografía  
**Jon Maya Sein**

**Los Gondra**  
(una historia vasca)

F. MORENO

nando Aramburu o Gabriela Ibarra, a las que antes se refería usted, o su propia obra teatral?

—Yo tengo muchísimas dudas con el compromiso del intelectual. Creo que, en realidad, la ficción no arregla el mundo. Y los intelectuales no podemos solucionar los problemas políticos. Considero que la contribución de los intelectuales debe consistir en ofrecer ficciones, y así se dice en *Los Gondra*, para que esos relatos nos ayuden a entender qué hemos sentido. Gabriela Ibarra, de la que me he hecho muy amigo, una persona extraordinaria, me dijo una cosa muy hermosa. Dijo: “Los libros de historia pueden contar los hechos, pero las ficciones pueden contar los sentimientos de la persona”. Y yo creo que eso es lo que estamos haciendo actualmente muchos escritores vascos. Estamos tratando de apropiarnos a través de la ficción de esos sentimientos de los que no hablamos, porque los vascos somos muy pudorosos y a esas cuestiones no nos referimos: no hablamos de lo que nos pasa. Y a través de la ficción tenemos la posibilidad de hablar de esos sentimientos, podemos entrar en la mentalidad de esas



F. MORENO

**“Los Gondra’ es una obra que yo llevaba tratando de escribir toda mi vida”**

personas que no aparecen en los libros de Historia. Y creo que esos relatos nos van a ayudar a entender qué hacemos a partir de ahora.

—¿Cómo ha sido su trabajo como actor, además interpretándose a sí mismo?

—Yo no soy actor y nunca he pretendido interpretar. Lo que me dijo Josep María Mestres el primer día de los ensayos, y a mí me ayudó mucho, fue: “Tú no eres actor, tú no tienes técnica, y por tanto no pretendas interpretar; lo que tienes que hacer es salir al escenario, contar tu verdad, y ser sincero mientras la cuentas”. Y eso lo he llevado a cabo, sobre todo porque trabajamos con grandes actores. Tengo una escena con Sonsoles Benedicto, que es una de las mejores actrices de este país, con 73 años, y una de las actrices con mayor verdad escénica que he visto en mi vida. Intentar interpretar junto a ella, naturalmente, resultaría imposible. Pero esa dirección que me dio Josep María Mestres, simplemente ser yo, es lo que me ha permitido olvidarme de hacer algo para lo que no estaba preparado. Lo que he aprendido, y es algo que me llevo de este montaje, es que los actores tienen una intuición sobre el texto que los dramaturgos no tenemos. No tiene nada que ver lo que yo hago en mi casa, pensando cada frase frente a la pantalla del ordenador, con lo que luego me pasa cuando la tengo que decir en escena. Y estoy entendiendo mucho ese paso de la verdad del texto, que es la mía, a la verdad del cuerpo. Yo nunca seré actor y nunca más voy a pretender subirme a un escenario. Esto es una excepción. Pero me llevo algo que he aprendido con los actores, y mucho con Josep María Mestres, que es un director con una sensibilidad exquisita y con un respeto muy profundo a lo que hacemos, y es que el cuerpo tiene una verdad y hay que encontrarla. ●

## El valor del texto

—El dramaturgo Fermín Cabal fue profesor suyo. ¿Qué explica el olvido de esa generación a la que se llamó *Los nuevos autores*?

—Fermín Cabal es la primera persona con la que yo estudié escritura. Yo no tengo formación de escritor. Mi formación en el teatro fue como director de escena. Y Fermín Cabal organizó un taller, al que yo asistí, y me dijo: “Tú tienes que seguir escribiendo”. Y yo se lo agradeceré siempre porque si no hubiera sido por él yo, hoy, no escribiría. Creo que Fermín Cabal y toda una generación de dramaturgos pagó el precio de algo que hoy, afortunada-

mente, está muy superado, y es que en los años 80 y 90 el teatro devaluó muchísimo el texto. El texto no importaba nada. Y los autores importaban poco. Y encima, si los autores estaban vivos, suponían un estorbo. Y se produjo en esos años una guerra absurda entre directores y autores. Pero en eso hemos crecido muchísimo y estamos en una situación completamente normalizada. Ahora, los autores y los directores trabajamos con confianza, trabajamos juntos, y colaboramos. Y *Los Gondra* supone un caso modélico de colaboración. Porque Josep María Mestres y yo hemos trabajado

codo a codo, aparte de que yo también haga de actor y suba al escenario. Cuando hay generosidad, porque el teatro es un trabajo en equipo, no surge nunca la rivalidad. El autor y el director han de trabajar juntos en busca del mejor espectáculo. Josep María me ha pedido que realizara cambios en el texto, incluso me sugirió que suprimiera una escena porque consideraba que no funcionaba en el contexto del espectáculo, y a mí no me ha dolido hacerlo, aunque le dije que de esa escena necesitaba dos frases, y él lo entendió perfectamente. El teatro es una liturgia en común.